

Homilía de XXVIII Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2022 - 2023 - (Ciclo A)

“A todos los que encontréis, llamadlos a la boda”

Pautas para la homilía

Vivir de la esperanza

La esperanza es una virtud teologal. Es una fuerza, que cuando arraiga en nuestro interior, dota de orientación y sentido a todo lo que hacemos. Es el mejor antídoto contra la depresión y nos dispone a trabajar y luchar por lo que verdaderamente creemos.

No existe mejor medicina que la esperanza contra la enfermedad religiosa de la falsa resignación, ‘del que nada se puede hacer’, o del ‘total para que voy a hacer si el mundo es como es’ o frases parecidas. El verdadero profeta, el de ayer y el de hoy, es aquel es aquel trata de infundir ánimo y coraje ante las situaciones que juzgamos, como en el caso de la primera lectura, desesperadas.

Vivir la esperanza supone un acto de confianza y de amor. La esperanza nace de la afectividad y del bien querer. No podemos sino esperar lo bueno y lo mejor de aquel que juzgamos como amigo o hermano porque nos fiamos de él haciendo un verdadero acto de entrega.

La persona religiosa, como lo fue el mismo Jesús, es alguien entregado por amor a la noble causa de aquel en quien has puesto tu confianza. Jesús se entregó con un corazón sin división a la misión que el Padre le confió por amor.

San Pablo lo expresa como acción de gracias. Todo es Providencia porque en todo anda Dios y por todo hemos de estar agradecidos. Un problema serio de nuestro tiempo es el no saber ser agradecidos. Esta falta de agradecimiento suele traducirse en orgullo y arrogancia, en una sobrevaloración de uno mismo que incapacita para el encuentro con los demás y para la vida comunitaria. La acción de gracias nos abre al diálogo con los demás y nos dispone a contemplar la creación como un paisaje fascinante y maravilloso.

Saber vivir con lo que se tiene

Vivir en acción de gracias es una forma de consolación religiosa. Conformarse religiosamente con lo que uno tiene o puede adquirir con el fruto de su trabajo y esfuerzo, en continua acción de gracias, es una forma elocuente de predicación. Quien sabe vivir con lo que tiene, vive alegre y feliz porque además sabe compartir y conoce las necesidades de los otros.

Nuestra fe cristiana es comunión porque partimos y repartimos lo que tenemos y lo hacemos por un principio religioso: el principio de la solidaridad que está en Dios mismo, que se dio, por completo, a sí mismo, para la salvación de todos, justos y pecadores.

El saber vivir, que en la Amazonia, tiene que ver con el ‘buen vivir’, en relación con la creación y, en particular, con la madre tierra, nos adentra en la armonía, la sobriedad y el equilibrio suficiente y necesario para una vida devota y religiosa.

Los monjes y las monjas de clausura bien lo saben porque lo han vivido y experimentado por siglos. Esta realización está en el orden de la conciencia recta y en el uso compartido y responsable de los bienes que Dios ha puesto y dispuesto para el disfrute de toda la creación.

Ha sido el pecado de la acumulación y la acaparamiento de los recursos en favor de unos pocos lo que ha producido y sigue produciendo una sobreexplotación que tendrá devastadores resultados y cuyos primeros síntomas hemos empezado ya a padecer.

La filosofía del descarte, que empezó por recursos y productos, ha llegado también a las personas humanas. Millones de personas, en su casi totalidad pobres, marginados, indígenas, enfermos y ancianos han entrado en el club de los descartables. Sin embargo, Dios siempre nos da la oportunidad de cambiar.

Vivir preparados para el encuentro con Dios

También la historia humana, que religiosamente puede ser experimentada como historia de salvación, es una historia de encuentro y de reconciliación con Dios. Desde los inicios Dios ha querido la felicidad de hombres y mujeres, los creo en inocencia y sin pudor.

Fue el pecado quien descubrió la desnudez en la que se hallaba el género humano y desde entonces la lucha por recuperar la inocencia perdida ha sido una constante en el combate espiritual. Dios nos invita a todos sin excepción a participar de su fiesta y solo exige una única condición: que te encuentres preparado para celebrar su fiesta, la fiesta de Dios.

En toda fiesta, aún en las más humildes, y todos sabemos por experiencia, se exige una vestimenta apropiada, solo eso, aunque sea alquilada. Si no tienes el traje o vestido adecuado, el portero no te permitirá la entrada. Y solo eso es lo que pide Dios, que acudas a Él con el traje de fiesta, seas o no pecador.

El texto no dice si el que no llevaba el traje apropiado era uno de los justos o de los pecadores. Solo dice que no llevaba la vestimenta apropiada para el evento. Para el encuentro con Dios, para entrar en su presencia, no podemos presentarnos de cualquier forma.

Tú que ahora me estás leyendo, cree que Dios te espera y te quiere, que desea tu felicidad, te está diciendo que abras tu corazón a su presencia, que te inundes de su luz, su paz, su amistad y su amor desinteresado.

Dios te quiere como eres, pero no le pongas excusas, solo confía en Él. Decía una mística, que quien a Dios tiene nada le falta, que la paciencia todo lo alcanza y que solo su amor, basta. Déjate encontrar, solo ten preparado el traje del encuentro, el vestido de fiesta.

Fray Manuel Jesús Romero Blanco O.P.

Misionero dominico en la Amazonía peruana